

piraba los editoriales, daba los asuntos, dirigía la propaganda las ideas educacionales por medio de la prensa. En lo que demostró la preparación filosófica que poseía.

Reorganizó las Conferencias Pedagógicas, establecidas en Costa Rica por don Julián Volio. En el 78 tales conferencias fueron animadas, inspiradas, por el cubano don Antonio Espinal, Inspector de escuelas de Cartago, que propuso al Doctor Castro y le fueron aceptadas, las Academias de Maestros en los tres primeros meses del año. Esas Academias formaron maestros regularcitos. Don Mauro las revivió con el nombre de Conferencias Pedagógicas.

Fué muy amigo don Mauro de premiar los servicios de los que trabajaban en la enseñanza; en lo que talvez sólo le superó don Bernardo Soto.

Siempre estimuló don Mauro a los laboriosos, a los autores de libros, etc.

El principal colaborador de don Mauro fué don Pedro Pérez Zeledón, que daba forma a los pensamientos de su jefe. Don Pedro es el hombre más aparente, más capacitado que hay en el país para hablar de don Mauro y de su obra. Otro colaborador importante fué don Buenaventura Corrales, a quien se le debe, como ya se ha dicho, uno de los Capítulos de la Ley de Educación. Corrales continuó la obra de don Mauro. A él se le debe el Edificio Metálico. Como Presidente de la Junta de San José, cargo en que nadie lo ha superado después, mejoró mucho las escuelas de esta ciudad.

A don Mauro se le acusa de haber centralizado la enseñanza y de haber dado muerte a la Universidad.

¿Por qué suprimió la Universidad? Porque la consideraba, junto con los establecimientos particulares, mantenedora de la rutina. Por eso los persiguió.

En el 87 suprimió don Mauro la Universidad, que se regía por los estatutos del 43. La Junta Directiva había fundado el Instituto Universitario, uno de los mejores colegios de su época. Este dato, que vale para la historia de las ideas en Costa Rica: en el Instituto enseñábase entonces el krausismo.

Los miembros de la Junta Directiva eran personas muy entusiastas. Fundaron la Biblioteca Universitaria, en la que se formó un núcleo estimable de jóvenes.

El proyecto del plan de estudios del Instituto Universitario lo hizo don Miguel Obregón, que colaboró además en la fundación de la Biblioteca Universitaria, la que hizo pública el 15 de setiembre de 1884 y relacionó con centros de cultura extranjeros. La Universidad quería mantener el Instituto Universitario, don Mauro, eliminarlo y darle vida al Liceo de Costa Rica. Esta lucha entre don Mauro y la Junta Directiva

culminó con la muerte de la Universidad y la clausura de la Biblioteca.

En 1890 no había Biblioteca Nacional. Don Ricardo Jiménez, entonces Ministro de Instrucción, reorganizó las de San José y Alajuela como Bibliotecas Públicas. Las reglamentó don Miguel Obregón.

Un error de don Mauro: transformó la Escuela Normal en Liceo de Costa Rica. La Normal pasó a ser una mera sección del Liceo.

Finalicemos estas notas con dos reparos a la tendencia centralizadora de don Mauro.

La primera escuela primaria que se apartó de sus Programas fué la Escuela Nueva, fundada en esta ciudad por don Miguel Obregón. Fué la primera escuela de Costa Rica que introdujo

en el Plan de Estudios el canto, la gimnasia, el dibujo. Era más educativa que instructiva. La Escuela Nueva se fundó en el 86, con pocos alumnos. Con muchos sacrificios, pues don Miguel ponía su trabajo personal y de su peculio pagaba la casa y completaba el sueldo a don José Gallegos. Pidió auxilio a don Mauro y se lo negó. Ocurrió entonces a don Bernardo, que convino en pagarle un peso por alumno. Total: 60 pesos. Sin embargo, don Mauro llevó a que visitaran la Escuela Nueva a los profesores que había traído del exterior para la Normal.

Y esta noticia, que es interesante: Don Mauro objetó la fundación del Instituto de Alajuela. Es más, no la autorizó con la firma del decreto correspondiente.

## LA VENTAJA DE LAS EPIDEMIAS

HE estado enfermo durante varios días. Un amigo decidió mandarme un médico, aunque yo le dije que preferiría un prestidigitador, y el médico vino a verme. Me tomó el pulso, me examinó la lengua, me hizo varias preguntas de una evidente indiscreción y se calló. Entonces, yo resolví, a mi vez, interrogarle a él:

—¿Qué es lo que tengo, doctor? ¿El tifus? ¿La gripe?

—No lo sé; pero a usted ¿qué más le da tener una cosa que tener otra?

—Verdaderamente—asentí—. A mí me es lo mismo. ¿Y qué cree usted que debo hacer para combatir mi enfermedad?

—Haga usted un artículo. La prensa todavía dispone de cierta influencia...

Y el doctor pasó a explicarme cómo mi enfermedad era culpa de los malos gobiernos que no se preocupan del problema de las subsistencias y que abandonan los servicios sanitarios.

—La medicina—me dijo—no existe todavía en España, donde está aún mezclada a la política. Yo a veces, en lugar de indicarle al enfermo la conveniencia de un cambio en el régimen alimenticio, estoy por prescribirle que cambie de régimen gubernamental. ¿Quiere usted combatir la enfermedad que le aqueja? Pues inicie usted contra ella una violenta campaña de oposición. Cualquier otra cosa sería perfectamente inútil...

El doctor se fué, y yo me dispuse a lanzar contra las epidemias reinantes toda mi reserva de adjetivos; pero luego lo pensé mejor. Tal están las cosas en Madrid, que si sus habitantes podemos vivir todavía es gracias a las epidemias, gracias a los crímenes pasionales, gracias a los motines, gracias a todo lo que aumenta la mortalidad. Las pocas mejoras que se hacen en Madrid no son tales mejoras más

que para los caseros. Se asfalta una calle e inmediatamente los vecinos de esa calle tienen que pagar un aumento del quince por ciento en el precio de sus alquileres. Se construye el Metropolitano y las fincas que se encuentran cerca de sus estaciones aumentan en el acto de valor. Usted, lector, se casa, forma usted un hogar, tiene usted un hijo y contribuye usted con sangre de su sangre a desarrollar el censo municipal madrileño. Pues al poco tiempo, yo recibo una comunicación informándome de que en vista del incremento que ha adquirido la población de Madrid, la demanda de casas es muy superior a la oferta, por lo cual mi casa aumenta el precio de sus alquileres, y si yo no estoy conforme, no faltará quien lo esté... Mi querido amigo el señor Romeo, al disponer en Madrid la vacuna obligatoria contra la viruela y reducir nuestra mortalidad, ha encarecido nuestra vida lo menos en un dos por ciento. Todo lo que sea mejoramiento urbano perjudica a los vecinos de Madrid. Las epidemias, en cambio, los crímenes, las revueltas callejeras, la carestía del carbón, el adulteramiento de las sustancias alimenticias, etc., constituyen nuestra única válvula de seguridad y nuestra única garantía de vida.

¿Combatir el tifus o la gripe? ¿Curarnos? ¿Ponernos muy sanos y muy gordos? ¿Vivir ochenta o noventa años para que los caseros se aprovechen? ¡Nunca!... Yo creo, al contrario, que si los vecinos de Madrid tuviéramos un poco de dignidad, debiéramos morirnos todos, aprovechando la excelente ocasión que se nos presenta con las epidemias reinantes.

JULIO CAMBA

(El Sol. Madrid).

(Envío de P. H. U.)